

Presentación del libro Reinventar la vida. El Arte como terapia

Jueves, 2 de abril de 2009, Centro de Arte Moderno. Madrid

Natividad Corral

Quiero agradecer a Marian Cao y Noemí Martínez la confianza que depositaron en mí para formar parte de aquellos que acompañaron la formación de los y las arteterapeutas participantes en el máster de la Universidad Complutense de Madrid, pioneros junto con otros del arteterapia en nuestro país. Confianza renovada hoy al encomendarme la presentación de vuestro libro colectivo *Reinventar la vida. El arte como terapia*.



En “Pensar en la pintura: conversación con Paula Rego” de Marco Livingstone, encontramos el siguiente diálogo:

Marco Livingstone: Me dio mucha pena que una de tus mejores pinturas, Partida (1988), quedara destruida en el reciente incendio del almacén de MoMart.

Paula Rego: Se la enseñé a Vic justo antes de que muriera, fue lo último que vio. La llevé a su cuarto y dijo: ‘Es la mejor’.

Marco Livingstone: ¿Y fue sólo una coincidencia que se llamara Partida, o fue a propósito?

Paula Rego: No, fue a propósito. Es él. Ella le está preparando para irse.

Marco Livingstone: ¿Cómo pudiste encontrar en ti la serenidad para hacer una pintura sobre eso, y titularla así, en semejante momento?

Paula Rego: Es que es lo único que puedes [subrayado por la pintora] hacer; hacer un cuadro. Tienes [subrayado por la pintora] que hacer un cuadro. (...) Él no sabía exactamente que entonces se estaba muriendo, porque llevaba mucho tiempo paralizado.

(...) Marco Livingstone: ¿Hablasteis de ello?

Paula Rego: Hombre, no en el sentido de decir: 'Mira, esto es porque te vas a morir'. Él lo sabía. (...) Y yo además lo supe por una nota que me dejó más tarde, donde decía: (...) 'Sé que resultará extraño sin estar juntos, pero pintarás todavía mejor'."

Permitidme este rodeo para señalar algo muy sencillo, y por eso mismo no fácil de transmitir: las verdades no son todas iguales. No estoy defendiendo el relativismo, no soy relativista. Pero la verdad de la que habla la física no es la misma que la verdad, extremadamente dura en ocasiones, que nos ofrece el arte. O la que señala un afecto como el dolor.

Las dos últimas son inseparables de la condición humana. Por eso he querido dar la palabra a Paula, la artista, y ella nos ha hablado de la verdad de su obra *La partida*: única despedida posible para ofrecer a su esposo, Victor Willing, también pintor y paralizado durante mucho tiempo. Y nos habla también del proceso de creación anclado en el dolor y la pérdida que dio en ese objeto, la pintura, don de la vida sin negar la muerte y el límite: y por eso alcanza a *reinventar la vida*. El hombre de partida se marcha en pie.

También, como habéis visto, he dado la palabra a Paula, una mujer singular que como tantas otras y de formas distintas se confronta al dolor; y a Vic, sobre todo a Vic artista paralizado y hombre generoso (de esos que ofrecen su falta). Aquello a lo que invita a Paula –la mujer sola, la creadora desde las huellas corporales de la ausencia- es la verdad en la que se ancla el arteterapia: la intersección entre creación y falta. Entre arte y condición humana. Quizás debamos en más de un sentido generalizar la palabra arte, mientras no la separemos de aquellos afectos corporales vinculados a la falta y el límite. ¿Qué más justificación necesita el arteterapia?

Comprendo vuestro fecundo intento de transmitir vuestra experiencia a los que practican otros modos de verdad, y de dialogar con ellos y ellas. Está bien, pero sin perder de vista algo tan simple como que el arte cura en el sentido de acompañar esa condición nuestra marcada por el límite (no nos cura del límite sin duda). ¿Qué más prueba que el recurso y la intersección entre ambos que tantas existencias muestran? ¿Qué más prueba que el efecto de verdad que sus obras efectúan en aquellos y aquellas que no le damos la espalda a nuestra condición? Hechos, hechos de existencia.

Tendréis dificultades para transmitir: soy psicoanalista y recuerdo con una sonrisa los esfuerzos de Freud por tranquilizar a la comunidad científica para que no acusasen al psicoanálisis de ciencia judía. El viejo Freud dejó de justificarse, hay “ciencias” judías, saberes gestados en la diferencia, íntimamente relacionados con esa condición, la nuestra marcada precisamente por la diferencia, por el otro y su falta o su presencia asfixiante. La verdad, no me extraña que el vuestro sea un libro escrito por mujeres. Mujeres, judíos, emigrantes, ancianos... representantes de la diferencia para esta cultura de la identidad férrea: sabedores de la verdad de ese despropósito.

Este comienzo largo, disculpadme, ha surgido como efecto de la lectura de vuestro libro. (Después de tanto tiempo --¿cuatro promociones?--, justo al final de esos comienzos pioneros

del arteterapia en España en que os acompañé en vuestra formación y me acompañasteis abriendo tantas preguntas sobre la creación, puedo decir algo tan sencillo, que creo valioso para la continuidad del arteterapia.) El comienzo de mi intervención tomaba el testigo del texto de Noemí Martínez que cierra el libro: “Fin o comienzo”. Un hermoso texto que encuentra el punto de intersección entre arte, condición humana y terapia –en su mejor sentido- a través de siete palabras: enfermedad, dolor, miedo, olvido, humor, arte y fin. Convocando como testigos a creadores: Alejandra Pizarnik, Frida Kahlo, Víctor Erice, Woody Allen y César Vallejo, entre otros y afectados por la condición humana: Nietzsche, Jacobo Fijman, Leopoldo María Panero, Pessoa entre otros. Para transmitirnos una ruta para viajeros, lo diré como ella, acudiendo a la palabra de Jorge Luis Borges: *Nosotros estamos hechos para el arte, estamos hechos para la memoria, / estamos hechos para la poesía o / posiblemente estamos hechos para el olvido.*

Presentaciones son posibles muchas, tuve que elegir. No puedo hablar de todos vuestros trabajos: invito, eso sí, a leer vuestro libro. Quiero decir vuestros nombres, los de todas (que tantos otros nombres llevan detrás). Los trabajos inicial y final son obra de Marian López Fdez. Cao y Noemí Martínez, y entre ambos se despliegan los cuatro apartados del libro (cada uno compuesto por varios trabajos): 1. arteterapia en hospitales pediátricos, 2. maltrato, 3. arteterapia y cáncer y 4. arteterapia y Alzheimer. Voy a comentar brevemente algunos de estos textos.

De los textos de Laura Rico “Arteterapia en hospitales pediátricos” y “Experiencia en las plantas de Oncología y trasplantes pediátricos”, el primero de los cuales abre la cita de Munch “*Sin el miedo y la enfermedad mi vida sería como un bote sin remos*”, me gustaría destacar el lúcido paralelismo que establece entre las situaciones de enfermedad grave y de guerra, en el sentido de encontrarse sometidos los sujetos a una presencia devastadora frente a la que no se cuenta con recursos –especialmente en el caso de los niños y niñas-. En esas situaciones extremas pueden encontrarse los remos de que habla Munich, y el arteterapeuta puede encarnar un espacio donde hallarlos, pero sin olvidar, como nos advertía Freud, que ante la presencia desoladora de la muerte hay sujetos que anclan definitivamente sus barcas.

Me ha conmovido cómo los adolescentes que encontré en “Fototerapia y adolescentes con trastornos de la conducta alimentaria” --trabajo de Marian Alonso Garrido-- alcanzan a encontrar un espacio donde ser escuchados y poder hablar de algo más que ganar o perder peso; y salen así de la condena al silencio corporal como única posibilidad de expresión ante la sordera del otro.

Cada práctica clínica ha de encontrar sus límites para ser fecunda y aprender de otras. De ese modo me explico el profundísimo y paradójico interés que han despertado en mí –que como ya sabéis soy psicoanalista- los trabajos sobre enfermedad de Alzheimer. Sólo puedo hablar un poquito de dos de ellos. El trabajo de María del Río que tan lúcidamente reflexiona sobre la vejez para mostrarnos la dolorosa diferencia, respecto de la vejez misma, a que nos confrontan los ancianos y las ancianas que padecen la enfermedad de Alzheimer. Suscribo radicalmente su rotunda afirmación: “la enfermedad viene a superponerse y no a suplantar a quienes la padecen”. Estos enfermos no son a priori el tipo de pacientes para los que el

psicoanálisis resulte una ayuda; sin embargo, trabajos como el de María del Río desvelan la verdad de todo aquello de lo que partimos en nuestro trabajo como psicoanalistas: lo esencial del otro en nuestra realidad corporal, no sólo lingüística, y lo originario del cuerpo y la acción.

El texto de Raquel Fariñas nos permite asistir como espectadores privilegiados al proceso y desarrollo real de un taller de arteterapia. “La primera propuesta” –nos dice– “fue un trabajo libre en el que se pusieron de manifiesto las características propias de la enfermedad (...). Nos obligó a replantear las actividades que teníamos preparadas y a adecuarlas a las necesidades reales, no teóricas, del colectivo con el que nos disponíamos a trabajar”. Quiero subrayar ese “no teóricas” de las necesidades: y es que el protagonismo en las terapias que no excluyen al sujeto lo tienen los pacientes, no los protocolos ni los expertos. Y más adelante nos permite constatar que no desatender esa apuesta ética permite encontrar vías terapéuticas: “El planteamiento metodológico se hizo desde la acción (no desde el pensamiento) y desde el juego a partir de esa acción, de manera que el taller se desarrolló como un quehacer lúdico constante.” O también: “El objeto artístico” --el narcisismo del terapeuta valdría decir-- “sufrió un desplazamiento hacia el espacio del juego, lugar que quedó configurado como tal por el quehacer y la presencia efectiva de cada participante. (...) Fue muy importante ‘estar ahí’, acompañando”. Sí, sin duda alguna lo importante es “estar ahí”, prestar el cuerpo.

Me gustaría recoger un sueño iluminador que narra Teresa Pereira en su trabajo “Acompañando a las mujeres rotas”: “Viajaba, no sabía adónde, sola, todo estaba silencioso y la ciudad envuelta en brumas, intentaba alargar la mano sin conseguir tocar nada, ni ver a nadie, sentía un frío intenso, como si estuviera congelada, no podía moverse. Así me siento, flotando, envuelta en algo frío que me rodea, paralizada” Ausencia del otro hospitalario, presencia de lo siniestro; sin duda lo importante es estar ahí, acompañar su verdad para encontrar otra salida.

He comenzado estas pinceladas sobre vuestro libro refiriéndome a Noemí Martínez, quiero concluir con unas palabras de Marian Cao. En su texto nos advierte sobre “algunos pequeños inconvenientes de la bondad del arte”. La “conciencia social” relativamente presente desde los noventa en el panorama artístico (visibilización de la marginalidad social) no deja de presentar una faz siniestra: la instrumentalización del sufrimiento y el dolor. Del igual modo analiza críticamente otra cuestión: la intervención de los artistas en los centros asistenciales se traduce en un deseo de mejora o mejoras efectivas, pero en ocasiones resulta ser un mero escaparate de la actividad de los artistas o las instituciones (Marian Cao lo denomina “simulacro en la sociedad del simulacro”). Su propuesta, desde mi punto de vista, establece la condición de actividad arteterapéutica en sus palabras: “Trabajar con colectivos vulnerables implica una gran responsabilidad personal y social (...). Supone una exigencia ética, más allá del compromiso profesional”. Ese compromiso consistiría en adherirse a un proceso de acompañamiento, ofrecer un lugar, dejar de ver el arte como algo vistoso y comenzar a ver la actividad creadora como espacio de conocimiento, expresión, comunicación y transformación”. Por mi parte sólo deseo añadir que es responsabilidad de cada arteterapeuta dar con el singularísimo deseo que le lleva o la lleva a ocupar ese lugar. Gracias a Marian y Noemí por haber estado ahí acompañando el surgimiento de esos deseos.